

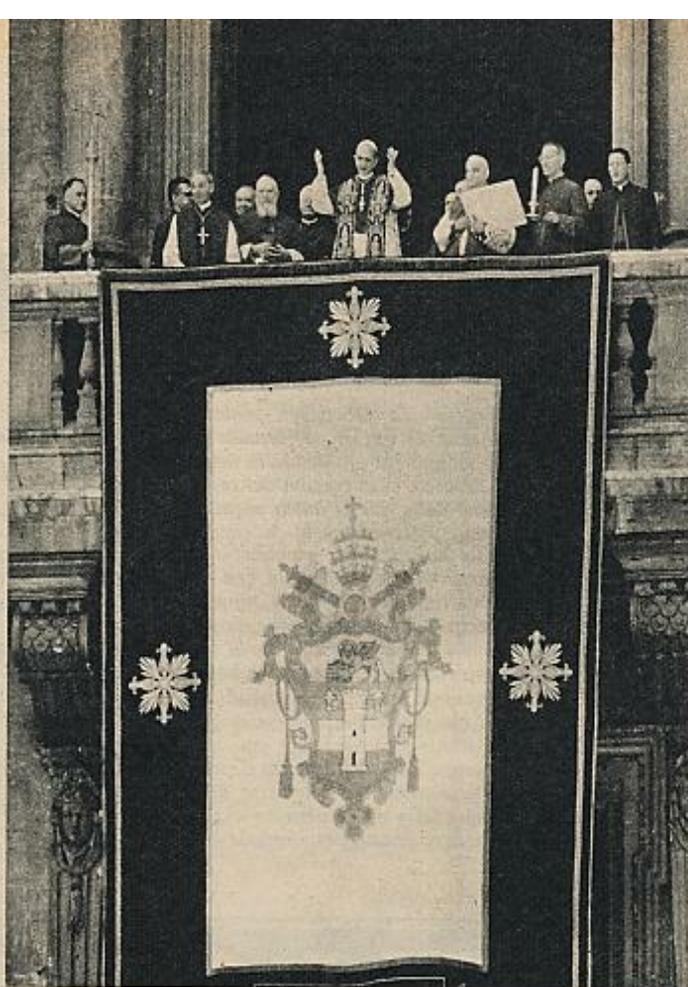
«E L mundo parece pasar de la posguerra a la preguerra...». En su alocución del 12 de enero al cuerpo diplomático el Papa Pablo VI expresó claramente su preocupación. Y las advertencias de Pío XI y Pío XII en vísperas de la segunda guerra mundial vuelven brutalmente a nuestra memoria. Ya no se habla de Checoslovaquia, Polonia o Alemania, sino del Próximo Oriente, de Vietnam, de la Unión Soviética, de los Estados Unidos de América...

El Vaticano es una estructura esclerotizada que no refleja la evolución de la Iglesia, pero sigue siendo uno de los puntos más importantes de la diplomacia mundial. Allí, en terreno neutro, se encuentran, se cruzan o se suceden israelíes y árabes, soviéticos y americanos, vietnamitas del Norte y vietnamitas del Sur. Y el Vaticano es, a pesar de todo, la Santa Sede para seiscientos setenta millones de hombres que en el mundo entero profesan la misma fe y sueñan con la paz cuando no la construyen.

La advertencia de Pablo VI causó general sorpresa. Y ciertas personalidades eclesásticas próximas a los círculos vaticanos se preocuparon inmediatamente de tranquilizar al mundo: «El Papa es de natural pesimista, y desde hace unos meses su enfermedad le hace ver el futuro cada día un poco más sombrío». Otros responsables de comisiones o secretarías pontificias rechazan esa explicación: «El pesimismo de Pablo VI es el mismo que muestran todos los grandes del mundo. Además, es ya algo tradicional: el discurso anual del Papa al cuerpo diplomático es siempre capital; ilumina y define la política de la Iglesia...».

Los monseñores, como buenos exégetas, evocan el discurso del 11 de enero de 1975 sobre las «relaciones entre la Iglesia y los Estados», y en el que se hizo una condena explícita de terrorismo; y el del 12 de enero de 1974 en torno a «la Santa Sede y la vida internacional», en el cual Pablo VI definió la diplomacia como «el arte de la paz» y defendió vigorosamente el papel de la diplomacia vaticana.

El discurso de Pablo VI es, pues, de importancia para la Iglesia, pero ¿está el Papa realmente bien informado? Parece que sí. Podría ser incluso uno de los hombres mejor informados de los problemas del mundo a través de una serie de redes que no tienen nada de secreto, pero que se recortan o superponen sin llegar jamás a confundirse. El Vaticano, sede del papado, es un Estado que mantiene ciento seis embajadas, legaciones o representaciones a lo largo y ancho del mundo. Estos servicios solucionan los problemas que puedan surgir con los distintos gobiernos, pero cuidan al mismo tiempo de la designación de los obispos y siguen de cerca la evolución del mundo católico, cuando no tratan de influir sobre esa misma evolución, valientemente como



Pablo VI: Una sombría advertencia al mundo.

## ¿POR QUE EL PAPA TIENE MIEDO?

en España o de modo desastroso como en el Brasil. Las nunciaturas recogen informaciones de todo tipo y las dirigen a la secretaría de Estado en Roma. Donde no existe representación oficial Roma multiplica las intervenciones en la cumbre: monseñor Casaroli, secretario del Consejo para Asuntos Públicos de la Iglesia, hombre de la «ostpolitik», viaja de Moscú a Belgrado, de Varsovia a Budapest, dando de vez en cuando algún rodeo por Nueva York, Madrid o Buenos Aires. Ya hay quienes dicen, refiriéndose al prelado: «La paciencia de los chinos es infinita, la de Casaroli es eterna».

La prensa es, después de la diplomacia, una importantísima fuente de informaciones. Monseñor Montini —el actual Pablo VI— la comprendió muy bien mientras ocupaba el puesto de sustituto de la secretaría de Estado del Papa Pío XII. Así creó el USE (Ufficio Stampa Estera —Oficina de Prensa Extranjera—). Este servicio recibe diariamente los grandes periódicos y semanarios del mundo. Todo es analizado, disecado, trasladado a fichas, y dos o tres veces por semana el

Papa y sus adjuntos principales reciben un boletín de Prensa...

Además, como la Iglesia es una organización monárquica, los obispos de cada diócesis deben rendir cuentas cada cinco años. Es la visita ad limina. Se pasan por los ministerios, luego se reúnen con el Papa, solos o en grupo. En estos casos la verdad no es filtrada por nuncios o monseñores formados por la Academia diplomática pontificia. Llega fresca de la diócesis y, dígame lo que se diga, un obispo está más cerca del pueblo que un prefecto. Pablo VI mantiene igualmente contactos directos con el mundo no sólo a través de su Iglesia, sino también gracias a las visitas que le hacen los jefes de Estado y los embajadores de los distintos países. Así, por ejemplo, el 21 de diciembre Pablo VI recibía a los embajadores de Japón y Luxemburgo, y el 30, al de la República árabe egipcia. Al mismo tiempo se reúne con los representantes de los diversos movimientos de acción católica.

Otra red de informaciones todavía más notable es la de los obispos encargados de las distintas cristiandades dispersas. Así, por ejem-

plo, Ladislao Rubin, obispo auxiliar del cardenal Stephan Wysinski, arzobispo de Varsovia, secretario general del último sínodo de los obispos en Roma, está encargado también de la evangelización de todos los polacos dispersos por el mundo. Sin ningún título diplomático, recorre el mundo y va de comunidad en comunidad... Es un informador muy apreciado, como uno de sus amigos chinos con residencia en el Sudeste asiático y que tiene confiada la tarea de conservar la fe de los católicos chinos en todo el globo...

Todas las informaciones recogidas por estas redes son reunidas y clasificadas en la secretaría de Estado, de la que es patrón el cardenal Jean Villot (setenta años), que ostenta también los cargos de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de la Iglesia (1). El cardenal es asistido por un poderosísimo ministro de Estado, sustituto de la secretaría de Estado, Giovanni Benelli (cincuenta y cuatro años), monseñor Agostino Casaroli (sesenta y un años).

Agostino Casaroli, apodado por *Der Spiegel*, «Heiliger 007» (Santo 007), es el enviado especial que recorre el mundo para solucionar los asuntos más complicados, mientras que Giovanni Benelli, al que llaman «el muro de Berlín» —pues su labor es filtrar todas las visitas al Papa—, se encarga del «aparato». Benelli es un personaje que no goza de ninguna simpatía: se dice de él que es más poderoso que el cardenal Jean Villot. Siempre según *Der Spiegel*, un antiguo vicepresidente de la comisión Justicia y Paz aludió en cierta ocasión públicamente a Giovanni Benelli como «hombre peligroso».

En círculos romanos se observa que con frecuencia cuando el Papa lanza un grito de alarma, su advertencia va acompañada de una serie de medidas diplomáticas discretas. Ahora bien, este año se afirma en los pasillos de la curia romana que no pasa nada de eso. El padre David de Riedmatten (2), antiguo observador del Vaticano cerca de las Naciones Unidas en Ginebra, ha estado recientemente en Saigón. Pero su presencia en esa capital parece que ha sido totalmente fortuita. Parece también que la comisión Justicia y Paz se ha visto sorprendida por la declaración del 12 de enero. Puede ser que el Papa, fatigado, preocupado por la situación internacional, que parece escapar a todo control, desoyese las recomendaciones de sus consejeros. No está descotado. Pero lo que sí es seguro es que todo el mundo se ha tomado en serio la advertencia del 12 de enero. ■ CLAUDE-FRANÇOIS JULIEN.

(1) Según la excelente fórmula de Paul Poupard en su obra «Connaissance du Vatican».

(2) Secretario del Consejo pontificio Cor Unum, depende directamente, por su cargo, del cardenal Jean Villot.